Entreletras, N° 12. Julio– diciembre de 2022. pp. 14-20

CONFERENCIA

Lenguaje, erotismo *e* historia*

Denzil Romero



Ilustración: Tony Tong

Mi ya larga experiencia como participante en foros y reuniones de poetas y escritores en diferentes partes del mundo, sea La Habana o Moscú, Sofía o Buenos Aires, Aix-en-Provence o Brasilia, Madrid o Santafé de Bogotá, me hace ser muy comedido respecto a las expectativas sobre este tipo de reuniones; por lo regular, nadie se pone de acuerdo sobre nada; todos se creen o nos creemos la tapa del frasco, decidores de la última palabra, y al final, sólo queda la triste impresión de que somos una cáfila de *blablachentos*…

Soy de los que creen que los escritores reunidos en cambote —congresos, foros, simposios, ferias de libro, encuentros o como se llame este tipo de conciliábulos— tenemos poco que decirnos, especialmente en esa suerte de sesiones programadas y ruedas de dialogantes sobre temas más o menos traídos por los cabellos, "El fin último de la poesía" o "La causa primera de la creación literaria", "El papel de la literatura en el próximo milenio", "Los escritores y la paz del mundo", "El arte de pelar tomates" o el de "soplar narices"; temas que quizás podrían estar bien para críticos (profesores y doctores), teóricos y teoriquitos de toda laya que pasan la vida justificándose por el pergeño de sus propias teorías e intentos de explicación del mundo. Los encuentros de escritores sólo son interesantes cuando se cuentan entusiasmos y lecturas. Y, cuando se atreven, pero eso rara vez ocurre en reuniones públicas, a hablar de menudencias del oficio o de la génesis de sus textos, preferencias y rechazos, fobias y manías, hábitos e instintos, manuscritos no iniciados o en trance de escritura, virtudes y perversiones secretas. Pienso que estos concilios de poetas y escritores deberían convocarse sobre una lectura universal, que invitase a una relectura previa al viaje y al comentario sin prejuicio.

Por eso, me emociona este Simposio de Eichstätt, tan dignamente convocado y preparado por nuestros anfitriones, a quienes quiero agradecer la deferencia en la persona del distinguido y denodado amigo Karl Kohut. A decir verdad, se trata de un encuentro de escritores atípico, convocado sobre una temática muy concreta y para revisar y divulgar, ante el público y los estudiosos literarios de Alemania, la literatura de un país latinoamericano y tercermundista, Venezuela, el nuestro; un país que, por razones múltiples, ha estado al margen del ámbito internacional de los grandes

*Conferencia pronunciada en el simposio *Literatura Venezolana Hoy*, celebrado en enero y febrero de 1996, en la ciudad de Eichstätt bajo el patrocinio de esa ciudad alemana. Luego ese texto se publicó en el libro *Literatura venezolana hoy. Historia y presente urbano*, bajo la dirección editorial del prof. Karl Kohut.

lectores, lejos del *boom* de la literatura latinoamericana de otrora, y extraño al interés y la demanda de las editoriales importantes de Europa y Estados Unidos de América; pero que, no obstante, cuenta con una literatura viva y pujante, desarrollada paulatinamente a lo largo de doscientos años, y que se corresponde con nuestra realidad de pueblo con precisa y múltiple ubicación geográfica, caribeña, andina, llanera, amazónica, a las puertas de América del Sur y perfectamente comunicable con el resto del mundo, aunque esa comunicación no siempre fluya de la manera deseada, un pueblo mestizo, múltiple también en sus orígenes amerindios, europeos y africanos; múltiple en su dinámica racial, económica y política; mediatizado, ciertamente, por la sucesiva dependencia respecto a potencias extranjeras, ora en lo político, ora en lo económico, y, ahora y ojalá que no a lo largo de mucho tiempo más, por la obligada inmersión que nos toca en la más fuerte polaridad histórica de la actualidad: el abismo cada vez más insondable que se da entre los países ricos y los países pobres, correspondiéndonos el papel de pobres por el ingenuo y no pocas veces pérfido despilfarro o malbaratamiento al que sometimos en años recientes nuestra malhadada riqueza petrolera**,** pero, no obstante, un país que puede repotenciarse partiendo de sus ingentes recursos naturales y de sus inequívocas manifestaciones culturales, la propia literatura una de ellas, y a través de las reservas morales de su población; una población que, por obra del mismo ya dicho mestizaje —el más homogéneo quizás de todos los producidos en América Latina—, posee una marcada e incontrovertible originalidad y una apertura hacia la universalidad que nos distingue y nos anticipa, si se quiere, en el mundo del futuro.

Hecha esta necesaria advertencia y para no caer en la criticada práctica de las generalidades y consideraciones abstrusas, quiero concretar mi intervención sobre lo que bien podría considerarse el hilo estructural de mi propia escritura: *el lenguaje, el erotismo y la historia;* elementos éstos que críticos y lectores de allende y aquende los mares coinciden en apreciar como característicos en todo mi trabajo narrativo.

Ya cuando el hoy fallecido Carlos Barral, el celebrado poeta de la generación del 50 española y editor fabuloso, responsable en buena parte del mal llamado *boom* de la literatura latinoamericana, estuvo en Caracas para asistir a un congreso de escritores y se trajo consigo a Barcelona el manuscrito de mi novela La *tragedia del Generalísimo*, la misma que más tarde (en 1983) ganaría el Premio de Novelas "Casa de las Américas" de La Habana, para editarla entonces en su *Bibliotheca del Fénice,* la colección que al momento dirigía *(free lance)* para "Argos Vergara", esquilmado (él) en lo mercantil por sus pasadas y fallidas empresas editoras, no vaciló en vislumbrar ese aserto a la primera lectura del manuscrito. En la nota de presentación editorial escribió:

> Usando como pretexto la figura de Francisco de Miranda, precursor de la Independencia de América, Denzil Romero se ha propuesto una obra de ficción sin dependencia alguna con la verdad historiográfica y las fuentes documentales. En ella, Romero lleva al máximo las propuestas estéticas de su narrativa anterior, poniendo la historia netamente al servicio de la imaginación y llevando la parodia, o mejor la ironía del carnaval, a sus últimas consecuencias. El propio Miranda como personaje es una excusa para jugar con el Siglo de las Luces, los prohombres de la época, las modas, las costumbres y los grandes acontecimientos sociales, sin que se escape la modernidad como afán lúdrico y totalizante… Erotismo y lenguaje constituyen el soporte estructural de la novela. Miranda que fracasó virtualmente en lodos los campos de la actividad, aparece —sin embargo— magnificado en su vitalidad sexual y en su capacidad amatoria. Fue él un amante insigne […]

Es la misma apreciación del colombiano Isaías Peña Gutiérrez, cuando observa que en la novela "la historia se convierte, gracias a sus desplazamientos, en un trompo del tiempo para jugar a la ironía, y el lenguaje y la intertextualidad desempeñan funciones similares a la de un instrumento erótico-sensual".

A parecida conclusión llegan los críticos franceses Jean Franco y Jean-Marie Lemogodeuc al presentar en su *Anthologie de la littérature hispano-américaine du XX^e^ siécle* un fragmento de mi novela *La esposa del doctor Thorne*. Dicen que en mis libros "hay un gusto pronunciado por la historia y, no obstante, el humor y el juego erótico, afirman a cada paso los derechos de la imaginación". Dicen, igualmente, que me valgo de "una escritura barroca, torrencial, impetuosa" para "reinterpretar la historia y atacar los tabúes y las ideas recibidas en lo que bien puede considerarse una fiesta de la escritura y el goce sensual".

De esos tres elementos estructurales que la crítica observa en mi escritura, el primero que me interesa

destacar es el lenguaje. Mi pasión por el lenguaje es ancestral… Puede decirse que nació conmigo… Mi madre, como toda madre orgullosa de su engendro, decía que hablé por primera vez en su propio vientre… No tienen por qué creer semejante exageración… Supongo que, al igual que los demás humanos, aprendía a hablar *guareando*; *guareando,* sí, como los pichones de loro; pero, tan pronto terminé con el *guareo,* sé que me sobrevino una corriente tumultuosa de amor por las palabras y ya no quise sino llamar a cada cosa por su nombre; "al pan, pan, y al vino, vino", como decía mi abuelo Lencho; *"appeler un chat un chat",* como dicen los franceses; capturando, digamos, la *ecceidad* (en Francia creo que se dice *l'hacceité, y* en inglés *the haecceity*) de cada una; quizás, sería mejor decir, la *individuación*; eso que el viejo Duns Escoto llamó alguna vez "la última realidad del ente" la que determina y contrae la naturaleza común (compuesta de materia y forma) a una cosa particular; ésa y no otra, *ad esse hanc rem*… Si veía un pájaro nuevo en el jardín de mi casa y le preguntaba a mi madre o a alguna de mis tías, cómo se llamaba, por nada permitía que me contestasen, genéricamente, un pájaro. Seguía preguntando, ¿y cómo se llama?, ¿y cómo se llama?, ¿y cómo se llama?… Pájaro ya sabía que era… Hasta que, las pobres compelidas, tenían que contestarme con toda precisión: es un canarito, o una paraulata ajicera, o un cristofué, o un arrendajo, un pipe o una potoca. Fue así como aprendí a distinguir por su nombre exacto a todas y cada una de las especies de pájaros que llegaban cada mañana al jardín de la casa de mi infancia. Y a distinguir sus voces también: las notas largas y plañideras de las gallinitas de monte, el matraqueo del caricare encrestado, el silbido doble de la tigana, el de los tibetibes y el de los diostedés. Sin proponérmelo, me hice ducho en la comprensión de la lengua de los pájaros, ésa que más tarde me enteré por las lecturas de René Guénon y otros autores esotéricos, era considerada tradicionalmente como "el lenguaje de los ángeles", el "coloquio inmediato de las esencias", y cuya lengua dícese era hablada por Apolonio de Tiana y por el mismísimo Adán antes de la pérdida del Paraíso. Al parecer, no era el hebreo, ni el siriaco, ni ninguna otra de las lenguas conocidas; sólo el lenguaje translúcido e inaudible del alma en estado prístino; ese lenguaje que omite la intermediación de la palabra, y procede de la pura intuición. Cierto es que el efecto del canto de los pájaros en mi ánimo era y sigue siendo como un reflejo de lo sagrado, el mismo de un canto gregoriano o de un arrullo de cuna; por su influjo, se me transfiguraba y se me sigue transfigurando el universo, y alcanzaba y sigo alcanzando la liberación. No obstante, pese a ese don superior que vislumbraba en mí, parejamente, se me fue desarrollando la avidez por las palabras concretas, sufridas y gozadas, dichas y oídas, evidenciadas… Y es que las palabras eran, entonces para mí, como juguetes. Cada vez que encontraba una nueva, la incorporaba a mi *stock;* la mimaba, la acariciaba, letra por letra, sílaba por sílaba; dormía con ella, abrazándola, como si fuera ella un animalito de felpa. A veces, no era tan amoroso. Las vapuleaba; las golpeaba; las *coñaceaba;* sí, les daba *coñazos; coñazo* es golpe en el lenguaje vulgar de mi país; jugaba con ellas *"cerepe, cerepe"* hasta que se emborrachaban y perdían el sentido; las flagelaba, les daba latigazos con mandadores de cuero, con vergas de toro, con varas de espino, con gatos de nueve colas; si las veía o sentía muy infladas, las alfilereaba para que perdiesen su ampulosidad; ¡las palabras ampulosas nunca me han gustado del todo!, las veo como ojos desmesuradamente abiertos; por eso, prefería *espicharlas;* las *espichaba; espichar,* es un anglicismo muy nuestro, y muy de los cubanos también; creo que se usa en toda la cuenca del Caribe; significa, sacarle el aire a una cosa; si por el contrario, las encontraba demasiado fláccidas, desprovistas y venidas a menos, fácil me resultaba doblegarlas, las tendía en el suelo, les abría el vientre y se los llenaba con tierra, piedras o serrín. Otras veces, las creía comestibles, las masticaba y me las tragaba como una golosina o una presa suculenta. Y, ya más grande, a punto de descubrir el sexo o habiéndolo descubierto del todo, fornicaba con ellas. Bien saben ustedes que las palabras, como los humanos, tienen sexo. Muy cachondamente, las desfloraba, las mancillaba, eyaculaba dentro de ellas, les hurgaba sus pudibundeces… Pero, dejemos de lado estos excesos imaginativos que me revelan como "un escritor con predilección por el sadomasoquismo". ¿Sado-masoquista, yo? ¡Ay, Dios, quién lo diría! Así terminaron considerándome, hace poco, caprichosamente y quizás no tan caprichosamente, unos investigadores y críticos literarios de mi país a la hora de presentar un cuento mío en una reciente antología de narrativa. El coordinador de esa antología se encuentra ahora en el auditórium. *Adeo causa non deest.* Al decir de Plinio, "no son causas las que faltan, siempre se puede encontrar una"…

Cierto fue, queridos amigos, que obsesivamente le concedí al lenguaje un tratamiento preferencial. Tan pronto aprendí a leer de corrido, me preocupé por descubrir en la lectura nuevas y nuevas palabras; en un cuaderno, las anotaba, con elegante caligrafía inglesa, *art-deco*, *scrip* o como mejor me viniese, y, luego, indagaba sus orígenes, y con la ayuda de un diccionario



Ilustraciòn: Tony Tong

(otras veces he declarado que un diccionario *Petit Larousse* es el juguete que recuerdo con más cariño), o preguntándole a los mayores, daba al final con sus exactos o probables significados; hacía con ellas grupos o familias de palabras; palabras que comienzan por una determinada letra; palabras que riman; palabras que dicen cuán grande o pequeña es una cosa; palabras que designan espacios; palabras que designan colores; palabras sinónimas, palabras antónimas, palabras parónimas; palabras de Navidad, de Carnaval, de Semana Mayor, de Vacaciones de Agosto; palabras que son nombres propios y se escriben con mayúscula, con letras capitulares; palabras que son nombres comunes, adjetivos, verbos, adverbios; palabritas, palabrejas, palabrones; palabras rojas, palabras verdes, palabras azules, palabras moradas; palabras como la nieve de Baviera, de un albor incandescente; una sola palabra: la palabra; *verbum* en latín; *word* en inglés; *Wort* en alemán; *parole* en francés; *dábár* en hebreo; *parola* en italiano; *parolas, parolas, parolas*; una canción, que popularizó Mina o no sé si Doménico Modugno; en todo caso, ganadora del Festival de San Remo, aunque no pueda determinar el año de su premiación; mis palabras, las palabras de ustedes; las palabras de Cervantes y de Goethe y de Shakespeare; las palabras de Rabelais; las palabras de Dante; las de Homero y de Píndaro; la palabra *token,* la palabra *type,* conforme a la distinción de Peirce; la manifestación lingüística del individuo, por la que él combina el código de la lengua, que es una función social, para exteriorizar sus propios pensamientos; mis palabras capaces de definir aquello de lo que afirmo algo, y capaz, igualmente, de expresar lo que predico de ese aquél; la palabra que es mi aliento, la palabra que es mi espíritu; la palabra que, una vez dicha, subsiste y es eficaz; mi palabra que es la voluntad de Dios; mi palabra que es Dios mismo; la palabra de Dios, su voluntad. Y las palabras de Jesús, el hijo de Dios, también. Las palabras del Hijo del Dios en la Cruz. "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen. Hoy estarás conmigo en el Paraíso. Mujer, ahí tienes a tu hijo. Hijo, ahí tienes a tu madre. Tengo sed. Todo está consumado. Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". Mi palabra. Tu palabra. Cada palabra un pensamiento, una experiencia, la posibilidad de un debate, una lectura, un encuentro, una noche de amor, un viaje por la vida, el largo inmenso ordendesorden de todos los sentidos, la imagen como elemento fundamental del lenguaje; los juegos de palabras, charadas comunes, charadas en verso, palíndromos, las frases ambidextras o *capicúas* (como las llamamos en Venezuela); frases hechas, rompecabezas silábicos, cadenas y cadenetas de frases, los trabalenguas, el cadáver exquisito de los surrealistas, y un juego particularmente simpático; el *juego de los disparates*; uno que aprendí a jugar muy temprano y que creía de mi propia invención antes de leer a Bretón, a Aragón, a Apollinaire, y cuando aprendí también que las palabras son *aloglósicas,* como supe después que había determinado el señor Leibniz, y que por tanto, gustan de intercambiar o confundir sus significados y, como los humanos, juegan a la *alteridad,* o a lo que más tarde llamaría el maestro Heidegger, la *ambigüedad-*, cuando lo que tiene aspecto de genuinamente comprendido, captado y dicho, en el fondo no lo está, o no tiene aspecto de tal y en el fondo lo está, la ambigüedad que, según el mismo maestro, forma con las habladurías y la avidez de novedades, el eje de la anónima existencia cotidiana; que no en balde le da a la avidez de novedades el espejismo de lo que busca, y a las habladurías la ilusión de que todo está resuelto en ellas… Con palabras ambiguas o aloglósicas, avidez de novedades y habladurías, yo como cualquier otro mortal, he llenado mi vida. Y, por supuesto, también mi literatura. No me pregunten para qué…

Quizás, para retardar la llegada de la muerte; por aquello de que "mientras subsista el lenguaje, habrá vida", tal como afirma mi personaje Miranda, perorando en su celda…

Con el erotismo me pasa igual que con el gusto por el lenguaje. Diría que es consubstancial a toda mi literatura. Se cuela en ella por dos vías distintas: por el lenguaje mismo, hiperbólico, barroco, exhaustivo, sensual, acariciante, lúbrico, cálido, pegajoso; y por la temática… Siempre está el amor presente en mis escritos. Pleno o escindido; pero, de manera invariable, siempre en mutua compenetración de sus dos elementos antagónicos, la pareja de contrarios, la tesis y la antítesis dialécticas que después se vuelven síntesis, el lingam de la India, el Yang-Ying de los chinos, la misma cruz formada por el poste vertical del eje del mundo y el travesaño horizontal de la manifestación; vale decir, los símbolos de la conjunción, la destrucción del dualismo, el punto final de la separación; la convergencia máxima en una combinación que, *per se*, origina el centro máximo, el medio invariable de los filósofos orientales, el ombligo del mundo, la mandorla, la clave del origen, ese anhelo de morir en lo anhelado, ese afán de disolverse en lo disuelto; la búsqueda de lo imposible en el agotamiento de lo posible, como hubiese dicho Píndaro, o el muero porque no muero de Teresa de Jesús…

Eróticos, amorosos, amorosísimos, son mis personajes. Francisco de Miranda, mi personaje por excelencia, un *amador* insigne; Manuelita Sáenz, la *amante* excelsa del Libertador Bolívar; Asclepius Calatrava Baca, entregándose por entero, *amorosamente*, a su confusión con el Cosmos… Y permítaseme traer a colación un comentario de la importante escritora uruguaya Cristina Peri Rossi, ahora residente en España, cuando en el momento de presentar mi libro de cuentos *Tardía declaración de amor a Séraphine Louis* dijo:

> En este libro Eros asume diversas caras para seducir al lector: es una misteriosa muchacha llena de ambigüedad encontrada en el metro de París, es una lujuriosa criolla morena, es la condesa Hanska amada por Balzac o una anciana pintora que se empeña en reconstruir en sus cuadros el Paraíso perdido. Pero en todos los casos, Denzil Romero demuestra que el Amor o Eros conduce directamente a la metáfora: para nombrarlos, hay que reconstruir la creación, hay que sentirse Dios. Porque el cuerpo del amor es todos los cuerpos, es el absoluto.

No obstante, esa literatura erótica, hecha por mi parte con tanto amor, al par que muchas satisfacciones, también me ha provocado un mar de sinsabores. Cuando publiqué *La esposa del doctor Thorne,* por ejemplo, cierto que gané el prestigioso premio español La sonrisa vertical, pero, también, el odio de los ecuatorianos. Por su culpa, los nacionales del Ecuador me persiguieron y me siguen persiguiendo. Me aplicaron no sé cuál cantidad de denuestos. Me procesaron civil y penalmente. Me siguieron un juicio en ausencia por vilipendio. Me dictaron un auto de detención. Siguen publicando cada cierto tiempo, una requisitoria en mi contra, para que no prescriba el supuesto delito ni la pena. El presidente de la Sociedad Bolivariana de ese país me retó públicamente a duelo. Y escritores ecuatorianos de justa fama como Jorge Enrique Adoum y Pedro Jorge Vera, mis antiguos amigos, abjuraron de mí cuales nuevos ayatolah Khomeini…

Quizás, eso ocurrió porque mi literatura no pocas veces se acerca a la pornografía. Bien que así sea. Si ella versa sobre el amor, y el amor se materializa en el sexo, y el sexo es sudor jadeos pelos y excrecencias, ¿cómo podría mi trabajo excluir tales elementos en aras de falsas pudibundeces?…

Mi querida amiga, la escritora venezolana Ana Teresa Torres, me dijo alguna vez que mis novelas más que eróticas le parecían libertinas, al estilo de las que en su momento hicieron los mejores autores libertinos del siglo XVIII francés. No sé a ciencia cierta cuál es la diferenciación que Ana Teresa establece entre la literatura erótica y la libertina; pero, celebro su observación. Pocas literaturas presumo que me han influido tanto como la de los autores libertinos (franceses e ingleses) de los siglos XVIII y XIX. Amo las novelas de Crébillon Fils, y las de Charles Pinot-Duclos, y las de Godard D'Aucour, y las de La Morliére, y las de Boyer D'Argens, y las de Fougeret de Montbron; amo las de Frangois-Antoine Chevrier y las de Claude-Joseph Dorat; las de André de Nerciat, gran maestro (él) de la *Orden de los Anafroditas,* y las de Vivant Denon. A los quince o dieciséis años leí por primera vez el *Gamiani o dos noches de placer* del inolvidable Alfred de Musset…

¿Quién dice que la literatura erótica o libertina es decadente, inmoral, abyecta, corruptora, atentante contra las costumbres, instigadora de excesos y vaya usted a saber?… Los pudibundos necios e hipócritas; los señorones burgueses que mantienen un ejército de barraganas y mujeres de casa puesta, distintas de la propia esposa; ciertas hermanitas de la caridad, anémicas y

frígidas, y ciertos seminaristas, clérigos y obispos que se masturban de mañana, tarde y noche… La literatura erótica o mal llamada *libertina* no es ni más ni menos peligrosa que cualquier otra literatura que se reciba en forma desprevenida, sin espíritu crítico y a pie juntiñas… Los ataques que contra la literatura libertina se hacen son tan infundados e infundiosos como los que podrían hacerse contra la literatura esotérica y filosófica en general, porque eventualmente podrían llevar al lector a la insurgencia contra la realidad y los factores de poder establecidos; o contra la novela policíaca, porque incitaría al robo y al asesinato; o a la literatura religiosa, porque llevaría a la persecución fanática despiadada de los no cofrades… La poesía de la carne es tan inocente como una miga de pan, decía Baudelaire… Y, por si fuere poco, la mejor literatura está hecha sobre la base de la imaginación, y, por supuesto, también lo está la mejor literatura erótica. Al fin y al cabo, ocurre que la sexualidad humana tiende a saciarse en lo imaginario. Justamente por eso somos humanos. De lo contrario seríamos perros anudados más allá del coito o protozoarios primarios que desapareceríamos inmediatamente después de la reproducción… No se equivocó mi amiga Ana Teresa Torres. Mi literatura erótica es francamente libertina. Viene de *El asno de oro* y de *El satiricón*. Viene de las obras clásicas del *Quattrocento italiano*. Viene de los nombrados autores del siglo XVIII francés. Viene de la *poesía de la carne* (una bien lograda antología que adquirí en mi adolescencia por la ínfima suma de cinco bolívares, muy completa ella, desde Giorgio Baffo hasta Alexis Pirón). Y viene de la obra de John Cleland, iniciador del erotismo inglés. Y de los opúsculos siempre imponderables de Donatien-Alphonse-François de Sade, el divino marqués, al que todavía oigo clamando desde su prisión de Charenton, desde la Bastille, desde la Forcé y todas las otras cárceles francesas donde hubo de purgar su irreductible libertad creadora:

> Que nadie me acuse de ser el apologista del mal; que nadie diga que busco inspirar la maldad o acallar los remordimientos de los que se conducen indebidamente: el único propósito de todos mis empeños es articular pensamientos que han atormentado mi conciencia desde que tuve uso de razón; que dichos pensamientos puedan estar en conflicto con los pensamientos de otras personas, o la mayor parte de las otras personas, o todas las otras personas excepto yo, no es, creo, razón suficiente para suprimirlos. En cuanto a aquellas almas susceptibles que pueden ser 'corrompidas' por enterarse de mis escritos, tanto peor para ellas, digo yo. Me dirijo únicamente a aquellos hombres que son capaces de examinar con una mirada objetiva todo cuanto está ante ellos. Dichos hombres son incorruptibles…

También viene de esos monumentos de la erotología y la *gran jodedera* de todos los tiempos que son *Las hazañas del joven don Juan* y *Las once mil vírgenes* de Apollinaire, y de *El coño de Irene* y *El bromista pesado o Las aventuras de Juan Joder la Polla* del viejo Louis Aragón. Y de todo Miller. Y de todo Bataille y, en particular, de esa insuperable *Historia del ojo*, que contiene en sí todo el universo de la locura erótica…

Finalmente, me queda por revisar la historia como tercer elemento configurante de mi narrativa.

Se ha dicho que uso la historia como pretexto para ficcionar. Se ha dicho que la deformo, que la adultero, que la atropello, que la pongo cabeza abajo para reconstruirla después. Se ha dicho que soy un novelista *antihistórico*, y *ahistórico* también. Se ha dicho que debe considerárseme como "el verdadero revolucionador de la llamada novela histórica"; que yo lo falsifico todo, incluso la arqueología, "para que la imaginación dé a la novela lo que le es propio, su carácter de fábula"… Y mi amigo François Delprat ha expresado de viva voz que "replanteo, incluso, la llamada nueva novela histórica". A decir verdad, no creo que usar la historia como elemento del texto o como pretexto, constituya ningún mérito especial… Tampoco creo que se me pueda catalogar exclusivamente como "nuevo novelista histórico", como lo entienden algunos críticos contemporáneos, y menos aún, como un novelista histórico tradicional según la concepción del viejo Georg Lukács. Toda novela es un resultado que representa y contiene mucho más que la mera adición de sus factores…

Con todo, me gusta saberme inmerso dentro de la llamada nueva novela histórica, a no dudar, una de las tendencias predominantes en la narrativa latinoamericana de hoy; no pudiendo ser de otro modo si consideramos que América, "pequeño género humano", "con un mundo aparte", y "nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque de algún modo viejo en los usos de la sociedad civil", como nos definió Bolívar, requiere de esa novelística, justamente, como búsqueda de lo que le es esencial, su autodescubrimiento, la revelación de su intrahistoria, la complementación de su propia verdad siempre recogida a medias por la reductiva y tendenciosa historia oficial… A fuer de sincero, me siento cómo-

do con la ubicación que Seymour Mentón, profesor de la Universidad de California, me asigna en su reciente libro sobre la nueva novela histórica latinoamericana. De buen grado, acepto su caracterización. Verdad es que mis textos se subordinan, en distintos grados, a la reproducción mimética de ciertos períodos históricos y a la presentación de algunas ideas filosóficas, difundidas en los cuentos de Borges, tales la imposibilidad de conocer la verdad histórica o la realidad, el carácter cíclico de la historia y, paradójicamente, su carácter imprevisible, por el cual cualquier suceso inesperado y asombroso puede también darse; cierto que distorsiono de manera consciente la historia por medio de omisiones, exageraciones y anacronismos; cierto, que ficcionalizo los personajes históricos (Miranda, Carujo, Manuelita Sáenz, Voltaire, Catalina la Grande, Federico de Prusia), poniéndolos a actuar dentro de sucesos imaginarios, a diferencia de Walter Scott o Alejandro Dumas que trabajaban con personajes ficticios dentro de sucesos reales; cierto que recurro a la metaficción y que, con frecuencia, me permito los comentarios del narrador sobre el proceso de la creación; no menos verdadero, que también recurro al uso y abuso de la intertextualidad, a lo dialógico, lo carnavalesco, la parodia y la heteroglosia. Todo, con una forma o manera muy latinoamericana de contar la historia, un lenguaje del todo latinoamericano para decir lo que se dice; una forma y un lenguaje muy distintos a los de una Marguerite Yourcenar o un Gore Vidal, por ejemplo.

Bien hasta aquí, señores. Sin rubor alguno, me he desnudado frente a ustedes, pese a lo grotesca que debe resultar mi figura desnuda, y también les he desnudado mi narrativa. Gracias a Uds. por haber aceptado tan pacientemente, semejante *strip-tease*. Gracias, muchas gracias…

Ilustración: Tony Tong

